

# La evolutiva

En la década del cincuenta, desde la perspectiva de las artes plásticas, seguía vigente la famosa disputa entre los llamados "indigenistas" (término que ya había dejado de ser peyorativo, volviéndose, más bien, distintivo) y los tildados de "europeos" o "afrancesados"; encabezaba el primer grupo, como ya es sabido, el maestro José Sabogal, y, gerenciaba el segundo, don Ricardo Grau; esta beligerancia comenzó con el inicio de la Segunda Guerra Mundial que obligó a algunos pintores peruanos que vivían en Europa a regresar a la patria. Aquí se encontraron con el sólido movimiento pictórico, de raíces andinas, de rescate de las escenas y labores cotidianas: raspadilleros, fruterías, lavanderas, calles, casonas serranas, paisajes pueblerinos de la costa y de la sierra, rostros nítidamente expresivos, personajes con vestimentas típicas; allí están las innumerables obras (pinturas, grabados y ensayos) de José Sabogal; la rotundidad de Camilo Blas; las riesgosas especulaciones de Julia Codesido; la maestría clarísima de Teresa Carballo; la finura retratista, dentro de las expresiones típicas, de Cota Carvallo; la candorosa paleta de Queta Carvallo; la luz inquietante y el manejo de los contrastes, del maestro Enrique Camino Brent; la fortaleza de Camilo Blas; el temple y destreza de Renné González Barúa; la peculiaridad de Alejandro González Trujillo; la armonía de Wenceslao Hinostroza; y la sencillez de Leonor Vinatea. Don Ricardo Flores, con su puntillismo, era una expresión privativa del rescate de lo peruano, así como también lo era Don César Calvo de Araujo, con paisajes y personajes de la selva peruana; y lo venía haciendo, desde siempre con su gran obra, desde Cajamarca, el maestro Mario Urteaga.

No olvidemos que, hacia el año 1950, dirigía la Escuela Nacional de Bellas Artes el maestro Francisco González Gamarra, quien ya contaba con una monumental obra con escenas de hechos históricos, como **La fundación de Lima, La fundación española del Cuzco, El cabildo de la Independencia** que, de todas maneras, rescataban hechos de nuestra realidad pasada.

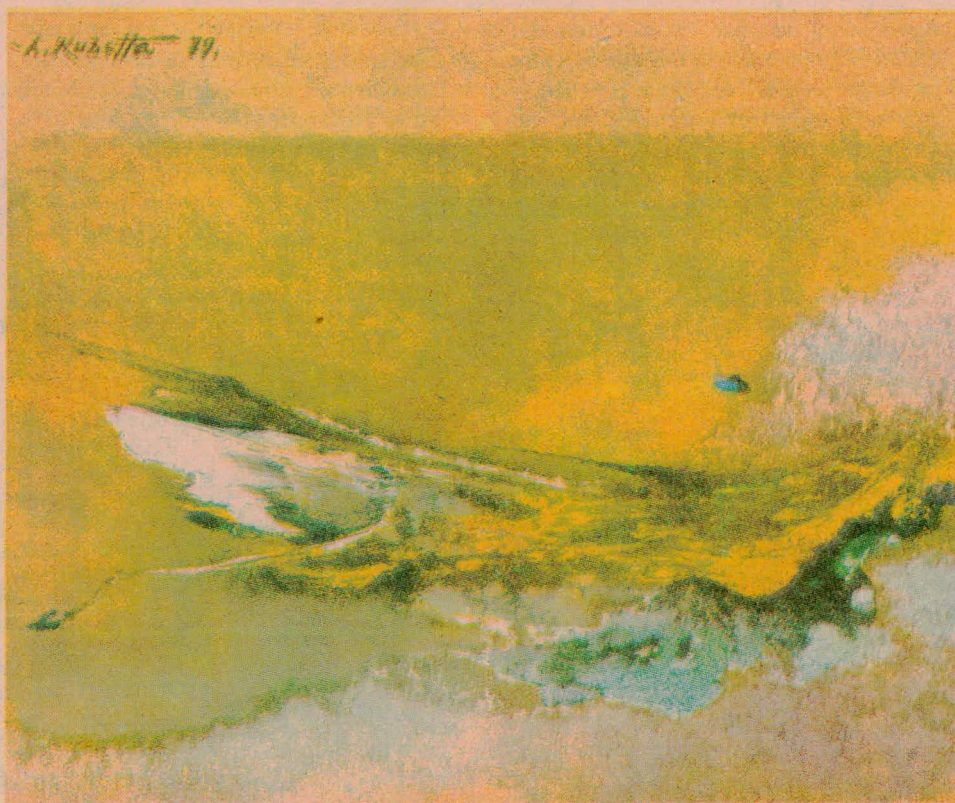
La década del cincuenta fue pródiga en las realizaciones de murales, recordemos los que pintó el maestro Teodoro Núñez Ureta en el frontis de los ascensores en el antiguo Ministerio de Hacienda; y más adelante, hacia el año 1955 los murales pintados en las paredes del hall de entrada del Ministerio de Educación, acabado de construir, en los que destacan: el de Camino Brent, Quíspez Asín, Sabino Springhett; y, el mismo Juan Manuel Ugarte Eléspuru, quien ya había realizado murales en el Colegio Mercedes Cabello, en la Escuela de Ingeniería y en la Municipalidad de Miraflores. Todos, con temas peruanos, de una u otra forma vinculados al rescate de nuestra historia y de nuestra realidad.

Párrafo aparte merece la obra ya reconocida internacionalmente, en la década del cincuenta, del maestro Manuel Domingo Pantigoso, quien, a nuestro juicio, y de manera muy privativa, fue un gran precursor de la evolución de la pintura con temática peruana, llegando a riesgos inauditos (valga la expresión), con el color, así como su evolución hacia una abstracto-figuración, que las generaciones del setenta y del ochenta han rescatado, con notable éxito; y que, el mismo Sérvulo Gutiérrez supo explorar en su última etapa "tachista", de mucho colorido, como gran representante de la pintura de mayor riesgo expresivo de esta gloriosa década.

Don Ricardo Grau llega a Lima con sus ideas de los techos Bruselas y sus bodegones abigarrados, de visible influencia de los coloristas de la Escuela de París, lo que de una u otra forma influye, desde la Escuela de Bellas Artes, en la formación de los alumnos que allí se encontraban, pero además trae consigo una nueva manera de ver las artes plásticas, independientemente de las frecuentes disputas con otros grupos acerca de las nuevas viejas maneras de "ver" y "hacer" pintura. En 1951, en la Sociedad de Arquitectos de Lima, expone Fernando de Szyszlo y marca, desde



Rescate de escenas y labores cotidianas de la Costa y Sierra, en la pintura de José Sabogal.



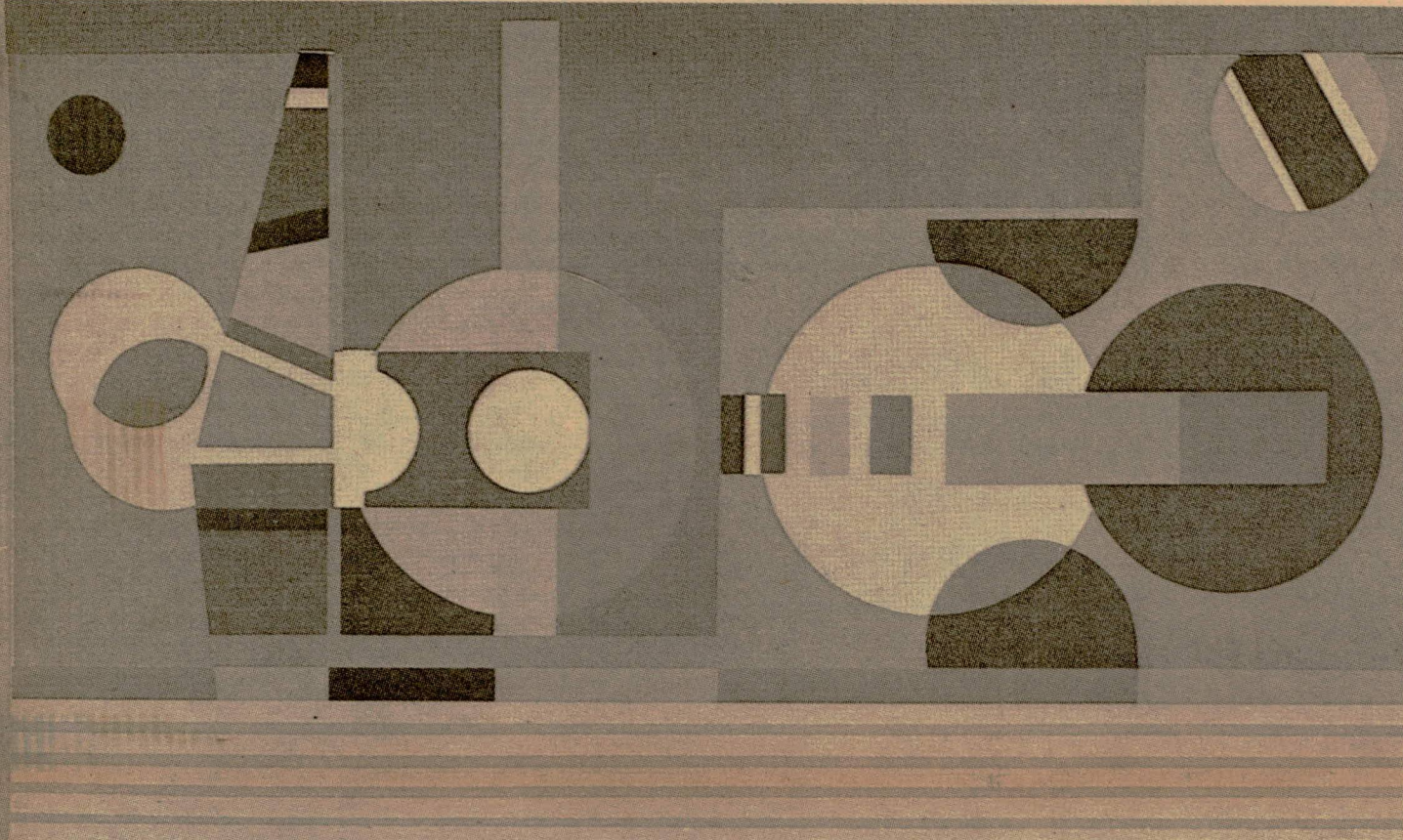
La abstracción-figuración, en la pintura de Arturo Kubotta.

ese momento, la gran diferencia y distancia entre nuestra pintura local y aquella de fuerte y definitiva presencia abstracta, además de la visible "unidad" para la exhibición de la obra de un artista, personalidad que se irá consolidando cada vez más en su exposición del año '52 en la Galería de Lima y, luego, en 1956, en el flamante **Instituto de Arte Contemporáneo**. Pero es, también, en este año del '56, cuando el Perú pierde a uno de sus más grandes pintores. El 15 de diciembre, José Sabogal nos deja para siempre.

Pero la daga inevitable de la muerte tocó una vez más las puertas de la pintura peruana, el 12 de junio del año '57, en Cajamarca, a poco más de un año de haber recibido un gran homenaje a través de una exposición, en el **Instituto de Arte Contemporáneo**, don Mario Urteaga fallece.

Sin embargo, como si se tratara de una compensación fabricada por la misma magia del destino, ya están en galerías, dándole mucho quehacer a la crítica, la nueva generación de pintores que habían tomado la posta de los indigenistas: el tierno e infantil Aquile Ralli; Pedro Azabache con su sabor a tierra; Víctor Humareda, en una constante búsqueda de la gravedad del expresionismo; Zapata Orihuela, con la necesidad imperiosa de hallar la atmósfera misteriosa y remota de los mitos y leyendas nuestros; Gamaliel Palomino, con su seguridad cromática; Oscar Allain, con su interminable peregrinaje por todo el Perú, para encontrar la verdadera raíz de sus temas; el maestro Angel Chávez, innegable arquetipo de artista, con su maestría y su sencillez, de artista verdaderamente dotado; y; por cierto, también, don Julio Camino Sánchez, afinado siempre su pupila

# pintura peruana



Los módulos de Miguel Ángel Cuadros.

para trabajar sus paisajes cálidos.

El año 1956 el maestro Juan Manuel Ugarte Eléspuru asume la dirección de la **Escuela Nacional de Bellas Artes**, y, más o menos, a mediados del cincuenta, el maestro Adolfo Winternitz le da un nuevo impulso a la Escuela de **Artes Plásticas de la Universidad Católica**, de la cual venía siendo director desde su fundación; ambos hechos repercuten en la formación de aquellos aspirantes a ser artistas de la paleta; y, desde siempre y en adelante, de esta fecha indicada, la propuesta de la Católica será, preferentemente, abstraccionista, con fuertes influencias norteamericanas y europeas; en cambio, la tendencia de Bellas Artes, sin dejar de ser también abstraccionista, será con una fuerte presencia de la figuración y también de las raíces de nuestras culturas andinas; y esto se debe a que los maestros de ambas instituciones impulsen estas tendencias: Szyszlo y Winternitz, por un lado; y, Alberto Dávila, primero con sus "Chinacholas", sus marinas y bodegones, de un sutil trazo cubista; el maestro Ricardo Sánchez, quien enseñaba dibujo pero con una muy evolucionada visión contemporánea de la pintura; Carlos Aitor Castillo, con una gran libertad en el manejo del color y del trazo, dentro del paisaje y la figura humana; Sabino Springett, con esa soltura para cualquier modalidad iconográfica; Carlos Quispes Así, con sus enseñanzas geométricas para el manejo del mural; y el mismo Juan Manuel Ugarte Eléspuru; además de las propuestas de visión europea planteadas por don Ricardo Grau.

A finales de la década del cincuenta y

comienzos del sesenta ingresarán como profesores a Bellas Artes, Alfredo Ruiz Rosas y Miguel Ángel Cuadros, dos posiciones plásticas que abrieron, en su momento, las opciones para los estudiantes de Bellas Artes; el primero, entregaría una sustentación de denuncia y testimonio en el rescate de la iconografía y en la temática plástica; y, el segundo, un abanico amplio de escuelas, métodos y técnicas, de acuerdo a las aptitudes de cada alumno, porque Miguel Ángel Cuadros no es sólo un maestro en el sentido de su propio trabajo como artista, sino también lo es como docente, por el gran acopio de información que tiene.

A partir del año 1959 y los iniciales de la década del sesenta egresan de Bellas Artes un gran número de jóvenes pintores, a los que se ha quedado en llamar **La Generación Dorada**. Allí están, Alfredo Ayzanoa, Enrique Galdos Rivas, Arturo Kubota, José Milner Cajahuaringa, Alberto Quintanilla, Tilsa, Gerardo Chávez, Miguel Nieri, Claudio Juárez, Oswaldo Sagástegui, Daniel Yaya, la mayoría de los cuales decidió quedarse en el extranjero, excepto Galdos, Shinki, Cajahuaringa, Molina y Miguel Nieri que se integraron, cada uno, en su tiempo, como profesores de su alma mater, demostrando siempre sus indiscutibles atributos, como artistas y docentes. Para entonces ya figuraba en galerías: Nieves Dianderas.

En la misma década del sesenta, surgen desde los claustros de la Católica cuatro personalidades muy sólidas en el diseño, el trazo y, por sobre todo, en un afán de búsqueda, altamente profesional: Teresa

Alberti, con una impecable seriedad de denuncia; Luz Negib, afincada en un gigantismo sarcástico y lírico; Martha Vértiz, profesionalísima en sus especulaciones serias y severas; Eida Merel, expresionista siempre desde la raigambre figurativa hasta la abstracta.

Venidos de las vertientes autodidactas, los hermanos Pereira: René, Lucho, César, Salvador, en eterna búsqueda; y desde el taller de Cristina Gálvez: Leslie Lee, gran pintor y maestro; Chani Garreaud. Mención especial se merece la constancia solitaria de Felipe Buendía, así como la de Lola Thorne, con aquella ingenuidad que la caracterizó.

A finales de los sesenta llegan del extranjero, con una formación novedosa: Gilberto Jiménez, desde el Brasil, con un gran sentido del color, exhibiendo con mucho éxito en el **Instituto de Arte Contemporáneo**; José Miguel Tola, formado en la Academia de San Fernando, en Madrid y una experiencia visual del mundo entero. Hastings, con el pop-art, a flor de piel, desde Europa.

En el año '68 surge de pronto, en Lima, una manifestación desconcertante en la hechura de las artes plásticas. Se trata de un movimiento bajo el nombre de **Nuevas Tendencias** que patrocinaba la difusión del Arte Óptico y del Pop-Art; allí estaban: Teresa Burga, Carlos y Jaime Dávila, Rubela Dávila, Carlos Fernández, Carlos González, Gloria Gómez Sánchez, Raúl Graham, Hastings, Emilio Hernández, Jesús Ruiz Durand, José Tang, Gilberto Urday, Walter Vargas, Luis Zevallos, y luego Queta Gaillour.

En 1970 egresa de la Escuela Reginal de Trujillo el dotado pintor Eduardo Urquiaga.

En el setenta aparece Alvaro Núñez Rebaza, con una excepcional disposición para el dibujo, la pintura y la escultura; y, de otro lado, Francisco Izquierdo, rescatando de la bohemia un registro grave que lo impulsó siempre. En esta misma década surgen nombres de importante presencia en el panorama de la pintura: Julia Escalante, Ramiro Llona y Elda Di Malio, el impecable trabajo de Carlos González y el puntillismo de Cincio Palacios y el neoindigenismo de Carlos Boyer.

A finales de los '70 se difunde la peculiar pintura de Carlos Revilla.

Pero la propuesta dialéctica de la abstracción y las raíces andinas, venidas ya de Cajahuaringa y Galdos, se hacen síntesis en la pintura de César Martínez y en la de Pedro Fuertes, así como en la de Espinoza García Morán, Rafael Llaque y Fernando Quintanilla y, persisten, en la pintura figurativa Luis Palao, impecable; Felipe Coronado; el maestro Carlos Guimoye, Miguel Ángel Aybar, Daniel Manta, Mejía Calle, Raúl Cárdenas, Danilo Sevilla, Víctor Salvo; y, se vuelven a descomponer, en una **Nueva propuesta**, en los trabajos de Leovigildo Cristóbal, José Aldana, Hugo Alegre, Cleto Carpio, Tadeo Castro, Julio León, Julio Quispejo y en la pintura metafísica de Carlos Palma, y el nativismo traído de los mates burilados de Alfonso Respaldiza.

En los últimos años de la década del ochenta y con firme vigencia hasta estos años iniciales de los noventa, hay que recordar siempre las peculiaridades de algunos pintores, como Alvaro Mendoza y sus desnudos etéreos, Cristina Dueñas, Orlando Zagarra con aquella seguridad en el manejo de la abstracción, Hernán Pazos con sus "Lugares vacíos" en su gigantesca **Historia de la Violencia**; García Miró y la firmeza de sus abstracciones y collages, Mariella Agois y su sutil denuncia en grandes formatos, la ya maestría de Jesús Quispe Castillo en sus propuestas surrealistas de perfectísimo dibujo; y, la rotundidad de Jaime Vásquez; la frescura de Mariza Márquez, con sus bahianas; la constancia de Ingrid Klein; el expresionismo pulquérrimo de pincelada chata, en los desnudos de Julia Blanco; los paisajes urbanos de Luis Basilio; como así mismo, son excepcionales: Eduardo Cervantes, en el hiperrealismo, compartiendo honores con Bil Caro y Emilio Hernández y de alguna forma (en el más positivo sentido de la palabra) con Juan Pastorelli.

Finalmente, debemos recordar dos nombres este año de 1993: Carmen Salgado con su diestro figurativismo y Carlos Lamas, en la misma modalidad de pintura, quienes darán mucho que hacer a la crítica en el futuro. El expresionismo de Claudia Gastaldo ya ocupa espacio en el análisis de la pintura peruana; lo mismo sucede con Ángel Castañeda, Carlos Lamas y Jaime Romero, pero esperamos más de ellos.